

EL SEMANARIO CATÓLICO.

REVISTA RELIGIOSA, CIENTÍFICA Y LITERARIA.

Núm. 118.

Alicante 22 de Febrero de 1873.

Año IV.

LA DIVINIDAD.

Nuevas el Cielo envía
De la gloria de Dios: el firmamento
Nos anuncia ser obra de sus manos.
Al día sigue el día,
A la noche la noche, y con acento
Que no perciben los oídos vanos
Su grandeza publican.

(Gonzalez Carvajal, paráfrasis
del Salmo 18.)

I.

Quando tendemos la vista á nuestro alrededor, parece imposible que hayamos alcanzado tiempos por tan diferentes conceptos lamentables; y lo que es mas, parece increíble que existan hombres que preciándose de sábios filósofos hagan gala y ostentacion de estupidez, pues no de otra manera pueden calificarse los que por desgracia suya han tenido la punible osadia de negar á Dios en nuestros dias, segun aquellas palabras del Rey Profeta, *solo el necio ha dicho no hay Dios.*

Y sin embargo de que esto parezca increíble en una época que blasona de culta y adelantada, es lo cierto que existen seres menguados que, con menoscabo de su nom-

bre y ofensa del pais, no han hallado inconveniente en negar públicamente á Dios, como si fuera posible negar la luz del sol, la magnificencia de los cielos y la belleza del universo. *Los cielos pregonan la gloria de Dios*, dice el Salmista: y como no han de pregonarla á gritos, si por donde quiera que pasemos la vista no vemos mas que la obra de las manos de un supremo Artífice?

No hay nadie que al levantar la vista hácia la bóveda celeste tachonada de inmensos luminaires, no sienta en su corazon que existe un Dios sapientísimo autor de todas las cosas; pero hay muchos por desgracia en los tristes dias que atravesamos, que haciendo ostentoso y repugnante alarde de impiedad y de ateismo niegan la existencia de aquel soberano Ser, y hasta se esfuerzan en probarlo con argucias que fácilmente pueden engañar y arrastrar á los ignorantes, sencillos é incautos. Muchos son los daños que en este concepto ha sufrido y sufre nuestra sociedad, á los que es preciso poner un dique demostrando al pueblo la *divina verdad*, fundamento de todas las verdades religiosas y morales. Hé aquí por

que creemos asunto preferente, de grande importancia religiosa y de incalculable trascendencia social, el tratar de la DIVINIDAD, abriendo los ojos del entendimiento á aquellos que sin culpa propia los tienen cerrados á la luz de la verdad, y combatiendo los errores de los que destruyen su propia grandeza y dignidad queriendo ser hijos del acaso antes que de aquella suprema é infinita Inteligencia, sin la que no se concibe la creacion y conservacion de cuanto existe.

Al pronunciar el nombre augusto de Dios, origen y centro de todos los seres criados, fuente inagotable de toda verdad, de toda virtud, de toda belleza y de todo placer, eterno y amado principio de todas las inteligencias; el corazon y el pensamiento le adoran á la vez, y siéntese el alma dulcemente poseida de un temor religioso y de un consuelo inesplicable.

Si se levantaran repentinamente de sus sepulcros los grandes hombres de los siglos que nos han precedido, se llenarian de espanto al considerar que en un siglo filosófico y en el centro de la civilizacion haya tenido que defenderse este dogma universal y primitivo, esa necesidad del hombre, esta primera de todas las verdades morales, contra las impugnaciones de hombres estúpidos ó de ingenios audaces. Sin embargo, es una triste realidad que años hace circulan por todas

partes libros, de cuyas páginas una mano sacrílega ha borrado el nombre de Dios.

Hay un tirano, dicen unos, que tiene encadenado el universo, y se complace en hacer infelices á sus criaturas. ¿Puede ser este un Dios? La materia es eterna, exclaman otros, los hombres son una produccion de la fecundidad de la tierra. El temor inventó los Dioses, y los hombres se valieron de esta invencion para oprimirse los unos á los otros. Tales son las palabras con que se espresan los secuaces del ateismo.

No hay duda que el entendimiento humano, justamente consternado con tan horrible blasfemia, apeló á todos los recursos que le ofrecian la naturaleza y el sentimiento para sostener esta soberana verdad, y vengarla del ultraje sacrílego de sus detractores. La razon asombrada se armó contra el solapado sofisma, y los grandes talentos de todos los siglos, que han unido el amor á la sabiduría con el amor á la humanidad, han procurado con todos sus esfuerzos espiar un crimen que es á un tiempo la desdicha y la afrenta del linaje humano.

Para ello unos han apelado al grito general de todos los siglos y de todos los paises del globo; otros han demostrado que el conocimiento de Dios era inherente á nuestra alma y formaba como una parte de nuestro ser, bien que abandonado el hombre á su propia razon se hubiese extraviado acerca de la natu-

raleza de este Ser soberano: otros, en fin, uniendo su voz á la de todo el universo, han entonado un himno de gloria al Criador.

Nosotros reservaremos para lugar mas oportuno el examinar lo que pensó de la Divinidad el hombre, cuando sin otro auxilio que su mismo pensamiento sentia la necesidad de este gran Ser, pero no atinaba en los atributos que debia darle, ni en las relaciones que con él debia tener. Esta investigacion merece á la verdad ocupar las observaciones del hombre estudioso y hasta del sábio, pero cede en importancia á la demostracion de la existencia de Dios; de la cual nos sentimos inclinados á tratar con preferencia, por ser la columna indestructible que sostiene no solo la verdadera religion que dichosamente profesamos, sino todas las religiones de la tierra.

Ante todo concedemos de buen grado, y no podemos dejar de reconocer, que esta materia ha sido tratada y desarrollada con felicidad por un gran número de sabios de diversas épocas, países y opiniones. Confesamos asimismo que casi nada queda que añadir, por no decir absolutamente nada, á sus observaciones, y que desistiríamos desde luego de renovar este punto, por la inmensa desventaja con que podemos esperar presentarlo á nuestros lectores.

Sin embargo, no porque existe la luz dejan muchos de buscar las tinieblas, porque el que obra mal tiene ódio á la luz. No han cesado

por esto los conatos del sofisma para borrar esa gran verdad de la faz de la tierra. El nombre augusto de Dios vese con horror deprimido y ultrajado por mil lenguas sacrílegas. Es preciso, pues, repetir sin cesar este gran dogma del hombre y de la sociedad; esta voz imperiosa de la naturaleza, esta verdad inefable que el impío solo pudo negar en su corazon: ¡Hay un Dios!

Platon y Ciceron, entre los antiguos, y Clark y Leibnitz, entre los modernos, han probado metafísica y casi geométricamente la existencia del Ser soberano. Los mas grandes ingenios de todos los siglos han creído en este dogma consolador; y aunque no lo hayan admitido algunos sofistas, diremos con un distinguido escritor de nuestro siglo: *muy bien puede existir Dios sin sus sufragios*. Procuraremos, pues, hablar primero al entendimiento, é interesar despues la imaginacion y la sensibilidad.

La primera verdad que se nos ofrece, despues del sentimiento de nuestra propia existencia, es la existencia de Dios. Tan evidente es por si misma, que para encontrarla no necesita la razon sino ver y observar mas bien que investigar; no es menester la fuerza del raciocinio, bastan los ojos de la inteligencia. Tan públicas, tan evidentes, tan sensibles son sus pruebas, que todo cuanto existe sirve de demostracion. El mundo real y el imaginario, los espacios conocidos y los que se pierden á nuestra vista, la mate-

ria y el espíritu, todo, todo se convierte en prueba indestructible de esta gran verdad.

¿Cómo es posible cerrar los ojos al espectáculo encantador de la naturaleza, y dudar de la verdad de todos los seres que nos rodean? Aunque una tenacidad ridícula, renovando los delirios del Pirronismo, se obstinase en mirar como inciertos todos los cuerpos, la duda misma de esta incertitud sería una prueba de que existimos, pues que pensamos, y á la prueba de que hay cuerpos añadiríamos una demostración de que hay espíritus.

Limitándonos, pues, á la simple existencia de los cuerpos, sin considerar ni su movimiento, ni su figura, preguntamos sencillamente, ¿cuál es su origen? Son acaso independientes, ó tienen el ser de sí mismos? Si es así, la materia tendrá lo que en Dios nos parece mas incomprensible, y lo que constituye en él la principal dificultad que pasma á la razon, cual es la idea de un Ser que por sí mismo subsiste. Si la materia se dió el ser á sí misma, existe por necesidad, ella es el principio del Ser, ó mejor, ella es el mismo Ser; ella, pues, es Dios.

Poco les costará el llamar á la materia Dios á los que no tienen mas Dios que la materia, y que preferirían sentar en el trono del universo al vago acaso ó á la muerte antes que al Criador. Mas preguntaremos desde luego, si la materia es el Ser, ¿en dónde están los caracteres de Divinidad en la idea de

la materia? Ser extenso y compuesto de partes es idéntico á Ser existente por sí mismo? ¿cómo es que la materia se halla falta de tantas perfecciones, inteligencia, voluntad, libertad, justicia? Cómo careciendo de todas estas cualidades se ha dado el ser? Si era independiente, quién la ha limitado? Si era el origen de todo ser, quién ha reducido el suyo?

Sería menester que la razon se violentase á sí misma para trasladar á la materia lo que se rehusa á Dios, y rehusarlo á Dios porque es incomprensible. Seria un delirio criminal admitir una materia independiente; suposición inadmisible por absurda y contradictoria; hipótesis monstruosa con la cual nada se puede explicar; y rechazar la idea natural, sencilla, única admisible de una inteligencia suprema, fuente de todo ser y autor de todo lo criado. La sola existencia, pues, de los cuerpos nos demuestra la existencia de Dios.

La asociacion del Santísimo Sacramento establecida en esta capital, celebró la Junta general de Reglamento en la tarde del Domingo último.

Se dió cuenta de los ingresos habidos en el año anterior, que los componían las cuotas de los socios, invertidos en gran parte en el alumbrado de su divina magestad cuando es llevado por viático á los

enfermos pobres, objeto principal de esta asociacion.

Tambien se tomó acuerdo para la mejor organizacion de la Vela que hacen los socios en la Colegial durante la octava del Corpus.

Es laudable el celo y perseverancia con que viene hace años esta corporacion ocupándose en el esplendor y culto debido á la Sagrada Eucaristía.

Se está repartiendo la cuenta de la Asociacion de Ntra. Sra. del Remedio correspondiente al año último 1872, Asociacion que, como no ignoran muchos de nuestros suscritores, se dedica al socorro de niños pobres de ambos sexos de esta capital, sosteniendo al objeto en el Barrio de S. Anton dos escuelas en un Asilo, donde se asiste á los niños durante el dia, y se les instruye en las nociones mas elementales del saber y las obligaciones del cristiano.

Al pasar nuestra vista por los resúmenes que publica, un ¡loado sea Dios! se ha escapado involuntariamente de nuestros labios, pues el gasto considerable del Establecimiento se ha cubierto ¿lo creyeran nuestros lectores? con solo los auxilios de la Providencia: no otra cosa se comprende al ver que los productos eventuales de una Rifa anual y de unas sillas en un paseo público y una funcion de teatro sean los recursos con que cuenta la Asociacion, bastando apenas las

suscripciones á sufragar la mitad de las Lactancias á que atiende. Hay suscriptor que contribuye con dos reales al mes, y la Asociacion acogería con júbilo muchas mas suscripciones de esa cuantía, por la obvia razon de que en beneficio de los pobres no se debe despreciar la menor cantidad.

No podemos disponer de mayor espacio para tratar cual se merece con algun detenimiento un asunto que tanto honra á nuestra culta capital; pero, no terminaremos sin antes dirigir nuestros mas sinceros plácemes á las señoras que forman la Asociacion, animándolas á continuar su santa tarea, que si los hombres no aprecian, en lo que valen, sus esfuerzos, recompensa y muy dulce les está reservada, allá por el que premia hasta un vaso de agua dado en su nombre, y aquí, con las bendiciones de los que son objeto de su amorosa solicitud.

DISCURSO DE SU SANTIDAD.

El 10 del corriente, Su Santidad decretó la canonizacion del Bienaventurado Benito Labre, ante multitud de personas que habian acudido á presenciar esta ceremonia. El señor Obispo de Aras y de Grenoble, en cuya diócesis nació el nuevo Santo, dió en nombre de esta las gracias á Su Santidad por la gloria que le concedia.

El Papa, despues de oir con viva satisfaccion el discurso del señor Obispo, le

contestó en las siguientes notabilísimas palabras:

«¡Dios es siempre admirable en el orden de su providencia! Sí, El es el autor de esta Iglesia, grande, bella é inmortal obra de sus santas manos, á la que no cesa de proteger en todos tiempos, en todas circunstancias, y en medio de todos los combates. La ha protegido, como vemos, en el Evangelio de esta mañana, en la tercera, en la sexta, en la novena hora, y la ha protegido hasta en la undécima hora, *que quizas es la nuestra*. (Estas palabras de Su Santidad causan gran impresion en el auditorio.)

Dios la protegió al principio cuando el furor de los tiranos la perseguia y le opuso la constancia de los mártires, esa constancia que hacia renacer la fuerza y la resolucion en los corazones débiles y tímidos, y multiplicaba el número de discípulos de Jesucristo. La ha protegido contra la imprudente audacia de la heregia; haciendo surgir entonces la santidad y el saber de los doctores valerosos atletas de la Iglesia, que confundian cuando no convertian á los herejes, siendo al mismo tiempo antorchas de verdad y de justicia para los fieles á quienes confirmaban en sus creencias. La ha protegido cuando se procuraba corromperla por el libertinaje y las pasiones, porque entonces oponia á la corrupcion la pureza de las vírgenes, la paciencia de los confesores y la multiplicidad de santos que llenaban su celeste mision sobre la tierra.

Dios no cesa de proteger á su Iglesia, ni aun en nuestros dias. ¿Cuál es el principal enemigo que tiene ésta que combatir? La incredulidad. Contra este mónstruo infernal no hay mas que una armadura de buen espíritu y la firmeza

religiosa de los pueblos; y hé aquí que Dios nos concede largamente este remedio. ¿Quién es quien se opone al desarrollo de la incredulidad, ese resumen de todos los males del infierno? No son los poderosos, los sábios del mundo, las gentes de elevada posicion, no, sino la masa del pueblo; no en verdad el pueblo bajo propiamente dicho, sino esa multitud compuesta de personas de todas condiciones, á las que la Iglesia ha llamado siempre *plebe cristiana*. Combaten esta incredulidad por las peregrinaciones, la frecuente asistencia á las iglesias, el canto de las alabanzas de Dios, la combaten presentándose á la santa mesa, prodigando las obras de caridad y uniéndose entre sí por asociaciones piadosas que tienen por objeto santificar las fiestas, acudir á los enfermos, socorrer á las viudas y huérfanos; en fin, hacer el bien por todos los medios posibles.

Pues bien; ese bueno y santo espíritu que se apodera de nuestros pueblos, es tambien obra de Dios; prenda segura de su proteccion á la Iglesia aun en este tiempo tan desdichado. ¿Y sabeis de qué modo puede conocerse mas facilmente ese prodigio de la gracia de Dios? Justamente en las ocasiones tan frecuentes, tan multiplicadas puede decirse que Dios ha presentado en estos últimos tiempos á la Santa Sede de honrarla con la beatificacion y canonizacion de los Santos.

En efecto; ¿qué ha sucedido? La gloria de esos Santos se esparce por toda Europa y por el mundo entero; no hay reino y casi puede decirse no hay provincia que no tenga su Santo. Con motivo de una beatificacion ó de una canonizacion, las iglesias del pais del Santo son mas frecuentadas que de ordinario; sus compatriotas les dirigen oraciones, leen su vida y encuentran motivo de edifica-

cion. Pero gran parte de este movimiento piadoso no se encierra en los límites de la provincia que ha tenido la dicha de ver nacer al Santo, sino que todos los cristianos se ocupan de los hechos de este, de su manera de vivir, de sus virtudes, de sus milagros. Meditan sobre todo esto, y habitan, por decirlo así, en una atmósfera nueva y celeste, bien diferente de la que ordinariamente les rodea. Se esfuerzan por imitar al Santo, y así se encuentran fortalecidos en la fé por su ejemplo. Hé aquí lo que Dios hace en nuestros dias por favor de su Iglesia y para hacer conocer al mundo que el demonio, haga lo que quiera, no logrará vencerla, porque existe una fuerza muy superior á la suya que la sostiene y la defiende contra todos los ataques.

Entretanto, ved aquí á dos nuevos servidores de Dios que vienen en nuestro auxilio para combatir á la iniquidad moderna. Vienen rodeados del esplendor de sus virtudes heroicas para echar por tierra los vicios del siglo, el orgullo, la avaricia y la lujuria; el orgullo, que no reconoce mas Dios que la razon; la avaricia, que busca su Dios en la materia; la lujuria, que pone sus delicias en el inmundo fango. Son los tres elementos del árbol de la iniquidad; el orgullo es la raiz, la avaricia el tronco, la lujuria el ramaje. A la sombra de este árbol van á sentarse las bestias mas asquerosas y malignas de la tierra; sobre sus ramas se posan los pájaros nocturnos y las aves de rapiña.

Comparecen estos dos servidores de Dios y van á combatir por la iglesia; con su pobreza, su sencillez y su humildad vencerán al orgullo; con su desinterés arrojarán al suelo la avaricia; con su vida de castidad y mortificacion obtendrán el triunfo sobre la lujuria. ¡Oh!

qué admirable sois, Dios eterno y Todopoderoso, en vuestras misericordias! La Iglesia, gracias á vos, va á embellecerse y regocijarse con dos nuevos héroes y á enriquecerse con la proteccion de dos nuevos Santos!

Sí, la Iglesia, aunque en medio de las mas horribles contrariedades, no se para ni aun detiene sus pasos, marcha siempre con celeridad en la vía de la virtud; la Iglesia, cuyo nombre se maldice, ruega por sus blasfemadores; la Iglesia, detestada por los que no la conocen, levanta los ojos al cielo y dice á Dios, perdonad á esos infortunados porque no saben lo que hacen. Esta Iglesia, en efecto, sabe perdonar, porque Dios la ha concedido la gracia suficiente para ello; perdona, ruega por sus perseguidores, pero cuando se trata de sostener los eternos principios de la religion y de la justicia y de defender el tesoro de santidad y de virtud que Dios ha puesto á su cuidado, ¡oh! entonces, sépase bien, el jefe de esa Iglesia, aunque indigno, no baja la cabeza ante las maquinaciones del mundo y del demonio.

No, no inclinará su cabeza, aunque la tuviese que dejar sobre el tajo del verdugo. (Profunda sensacion.)

Pues bien; roguemos á Dios y démosle gracias por los nuevos beneficios que nos concede, y roguémosle que no nos abandone. Ciertamente no abandonará nunca á su iglesia; no la abandonará aunque parezca á algunas gentes que en estos momentos nos ha olvidado. No, Dios continuará siempre mirando por su Iglesia, purificándola y santificándola. Entretanto, roguemos por esta Iglesia, roguemos á Dios, á fin de que derrame sobre ella sus abundantes bendiciones; y puesto que los dos Santos de que hablamos pertenecen el uno á Italia y el otro á Francia, roguemos á Dios que

bendiga particularmente á estos dos países.

Que bendiga al hombre de Estado que dirige á Francia y que le inspire mejores, y cada dia mejores consejos; á los que gobiernan á Italia, que les repita las palabras que ya pronunció en la creacion del mundo cuando reinaba el caos, *fiat lux*, á fin de que puedan salir del profundo abismo en que se han arrojado al caminar entre las mas espesas tinieblas de la mas borrascosa noche.

Que Dios bendiga á los millones de franceses é italianos que permanecen constantes en el cumplimiento de sus deberes, que tienden las manos hacia él para implorar su misericordia y alzan sus voces para decirle: *Miserere nostri Domine, miserere nostri*.

Que os bendiga á todos, que bendiga á mis cooperadores en el ejercicio de sus funciones; y puesto que sobre las espaldas de mi, pobre viejo, pesa una grave carga, tendré tambien el derecho de decir que si *senex portat, puer regat*, como está escrito en el oficio de la fiesta de la Purificacion que hemos celebrado en los primeros dias de este mes. Que Jesucristo sea con vosotros, que sea con nosotros, y nos inspire toda la fuerza y el valor necesario para sostener los derechos de la Iglesia, que nos dé la paciencia y la resignacion en las pruebas continuas y en las tribulaciones que vienen á asaltarnos.

Dios haga que esta bendicion descienda sobre mí, sobre vosotros y sobre todos los que ya hemos nombrado.

Benedictio Dei, etc.

El Reverendo señor Obispo de Jaen ha dirigido una exposicion á nuestro Santísimo Padre, adhiriéndose á las pro-

testas de Su Santidad contra los proyectos de supresion de las comunidades religiosas de Roma, y ocupacion de las casas generalicias.

Dice así la exposicion:

«Beatísimo Padre: Despues de haber publicado oficialmente los documentos emanados de la Santa Sede relativos á reclamar y protestar contra los proyectos de ocupacion de las casas generalicias y expulsion de las comunidades religiosas de Roma; y considerando que tales medidas son atentatorias de vuestra autoridad de Padre comun de los fieles, de vuestro magisterio y doctorado supremo y de la propiedad de la Iglesia; atendiendo á que las comunidades religiosas son la porcion escogida del ministerio evangélico, y que en ellas encuentra abrigo la desnudez, amparo el desvalido, doctrina los pobres, instruccion, carrera y apoyo toda clase de tribus y lenguas; teniendo presente que dichas comunidades son el asilo pacífico de las vocaciones al estado perfecto, y que á las de Roma acude para ser instruida la juventud de las diversas regiones del universo; constituyendo sus casas, sus museos, sus bibliotecas, la riqueza de sus monumentos y lo precioso de las obras en proyecto y de los manuscritos que atesoran la sagrada propiedad de dichas comunidades, compuestas de individuos de todos los países; ocupándose constantemente dichos institutos en formar legiones de misioneros que lleven la luz del Evangelio á las zonas mas apartadas, civilizando á gentes que yacen en las tinieblas de la idolatría y en el caos de la barbárie; siendo las mismas comunidades como el brazo derecho del pontificado que á ellas recurre en consulta, que aprovecha las luces y utiliza en honra de la civiliza-

cion los varios y raros conocimientos de sus Generales, Prepósitos, Prelados y Maestros; y teniendo en cuenta las pesadumbres del glorioso Pontificado de Vuestra Santidad, el mas largo y fecundo que registra la historia de los siglos cristianos, el cual si no há menester para sostenerse y brillar con hermosa claridad ni del apoyo, ni del consejo de los Obispos; sin embargo, sentirá el amantísimo corazón de Vuestra Beatitud paternal complacencia al saber una y mil veces, que el Episcopado católico hace suyas vuestras reclamaciones y protestas.

El Prelado de Jaen en España, aunque indigno y el último de la cristianidad, se adhiere sin limitacion de ninguna especie, á las justas reclamaciones y á las dignísimas protestas de Vuestra Santidad, cuyos Piés besa reverentemente.

De Jaen, fiesta de la Purificacion de Nuestra Señora, 2 de Febrero de 1873.

Beatísimo Padre.—*Antolin, Obispo de Jaen.*

EL MIÉRCOLES DE CENIZA.

ODA.

¡Oh! despertad mortales,
mirad con atencion en vuestro daño!

Fray Luis de Leon.

Venid al templo, hermanos;
nieblas que esparce el sol de la mañana
son los goces mundanos;

¡Ay del que en pos se afana,
fija la mente en su ilusion liviana!

Pedidle á Dios un dia
que alumbre en paz vuestro mortal cami-
por mas segura via, (no:

y con mejor destino,
guie á las almas su esplendor divino.

Llevad la frente alzada,
siervos de Dios, con su laurel glorioso;
tras esta vil morada,
en éxtasis dichoso,
hallará vuestro afan dulce reposo.

Breve senda es la vida
que da á un pensil de regaladas flores:
¡ay, si el alma perdida
solo ve en sus colores
de una ilusion los falsos resplandores!

Venid, venid, hermanos;
polvo sois: vuestro bien, vuestra amar-
son como el polvo vanos: (gura
es polvo la hermosura,
polvo la gloria y su inmortal ventura.

Un céfiro os levanta,
una brisa os esparce por el viento:
venid, ya el sol espanta
con su fulgor violento
la bruma que corona el firmamento.

Blanda la excelsa lumbré
del cielo dora la extensión tranquila,
ya enrojece la cumbre,
ya en el peñon vacila,
ya la tiniebla en occidente apila.

La bruma silenciosa
flota un momento en el azul colgada,
y acatando medrosa
la luz del sol sagrada,
lánzase por el viento atropellada.

Así vá en su carrera,
ya por un aura de placer mecida
que la agita ligera,
ya del cierzo impelida,
la tormentosa niebla de la vida.

Francisco Zea.

VARIEDADES.

LA CATEDRAL DE MILAN.

La catedral de Milan es una de las mas bellas de Italia y de la cristiandad. Es digna de que nos ocupemos de ella. Nosotros hemos estado en este grandioso templo, donde se ostentó el poderoso triunfo de la religion cristiana sobre el poder del mundo, cuando, encorvados bajo el peso de nuestras propias aflicciones, con el báculo de peregrino en la mano, fuimos á buscar nuevas esperanzas y sacar dulces consuelos bajo el cielo de Roma y de la dulce Italia, y recorrer los templos mas famosos de la cristiandad.

Al llegar á la gran plaza de la catedral de Milan, ¡gran Dios, qué sublime espectáculo se presentó á nuestra vista! Figúrense nuestros lectores una inmensa iglesia, mayor que todas las catedrales que admiramos en España, labrada, en lugar de piedra, de exquisito mármol; en lugar de tres ó cuatro flechas que ordinariamente tienen aun los templos mas suntuosos, ostenta cuatrocientas, que se elevan finas, esbeltas y rectas hasta las nubes: figúrense que en la punta de cada una de estas flechas hay una estatua admirablemente trabajada; figúrense un edificio alto como una pirámide, ancho como tres veces la catedral de Búrgos, esculpido en sus mas minuciosos detalles, como si fuese de marfil, lo que sin duda dió margen al célebre dicho de nuestro emperador Carlos V, «*que aquella catedral, única en el mundo en su género de arquitectura, era propia para colocarla debajo de un fanal.*»

Súbese á la altísima cúpula llamada el *duomo* por 550 escalones: está todo el cubierto de riquísimos encajes de mármol, admirables relieves, rosetones y 8.500 estatuas, presentándose el templo en la fantástica forma de un enriscado monte.

Curiosa es la tradicion que nos refieren sobre la construccion de este maravilloso templo, que á primera vista parece mas grandioso, mas imponente que el de San Pedro de Roma, el coloso de los templos del cristianismo.

Cuéntase que yendo Gamodiá de Alemania á Milán, llamado por el duque Galeazzo Visconti para construir una iglesia, al atravesar la Suiza, un dia que caminaba distraido revolviendo en su imaginacion el proyecto de su obra, se encontró en un desierto frente á frente con uno de aquellos gigantes inmóviles de la cordillera de los Alpes, cuya sola cima habia visto despuntar de lejos. Era el monte Rosa, que ostentaba en la extremidad del Milanesado su maravillosa corona de rocas angulosas y nevados vestigueros.

Vendria el artista aleman de las orillas del Rhin, del Elba ó del Danubio; no conocia formas mas bellas que las de la naciente catedral de Colonia... ¡Cuál no sería, pues, su entusiasmo al verse de repente ante aquellas inmensas moles de granito, de pórfido y de mármol, alzadas por la mano del Omnipotente para servir de rica cintura á la Europa!... Cuéntase que Gamodiá, anonadado ante aquella gigantesca y sublime forma, olvidó desde entonces todos sus primeros planes y proyectos, y que al llegar á Milan, preguntándole el duque Visconti por el mo-

delo de la obra que iba á emprender, le condujo á la mas alta de sus torres, y desde allí, con un gesto lleno de inspiracion, le mostró el monte Rosa, que se elevaba en el horizonte como un inmenso *duomo* velado en luminosos vapores. Entonces erigió Gamodiá en el centro de Milan ese bellissimo *duomo*, rival del primero, y podemos asegurar que, mirando hacia los Alpes desde su cima, el monte Rosa parece la imágen de la gran catedral reflejándose en aquel diáfano cielo.

Su arquitectura no pertenece á género ninguno determinado: vense en este templo mil anacronismos, una mezcla de todos los estilos de arquitectura. ¡Pero quién se para á contemplar con los frios ojos del arte una iglesia cuya inmensa cúpula parece querer recordar la inmensa cúpula de los cielos, cuya primera belleza es la majestad, cuyo primer objeto es asombrar, hacer temblar al espectador, haciéndole doblar la rodilla en el umbral del templo de su Dios!

El interior de la iglesia de Milan es en muchísimo inferior á su brillante exterior, único en el mundo. En medio del templo hay una abertura cuadrada, rodeada de una verja de alambre; á traves de ella se ve debajo una especie de bóveda débilmente alumbrada; es el sepulcro de San Ambrosio.

Uno de los canónigos se ofreció á enseñárnoslo; bajamos con él, precedido de uno de los sirvientes de la iglesia, que llevaba una hacha de cera en la mano; abriéronse dos ó tres puertas macizas, las cuales rechinaron sobre sus goznes como las de una prision de Estado, y al final de un corredor nos encontramos en

la capilla, que es de mediana extension y que alumbra eternamente una opaca lámpara.

En el fondo de la capilla, cuyas paredes están cubiertas de colgaduras de terciopelo carmesí descolorido por el tiempo, hay una especie de sarcófago de cristal de roca; este sarcófago tiene la forma de un gran cofre cóncavo, y al través del cristal se descubre aun el craneo ennegrecido de un cádaver conservado como una momia; está revestido de hábitos pontificales; una riquísima mitra cubre su cabeza; el báculo arzobispal descansa entre sus manos, cuyos descarnados dedos están profusamente cubiertos de anillos y sortijas de brillantes de inmenso valor, viéndose esparcidas sobre la tumba tantas y tan magnificas alhajas que bastarian á constituir el tesoro de un rey y mantener por muchos años un pueblo.

Todos los soberanos desde muy antiguo se han apresurado á depositar, como ofrenda, parte de sus riquezas en la tumba del vasallo que á nombre de un Dios, de quien era ministro, usó, como los antiguos profetas, hablar á Tecdosio, al dueño del mundo, el lenguaje de la verdad, y negarle la entrada de la casa de Dios interin no se purificase de la sangre con que estaba manchado.

Así la Iglesia desde muy antiguo fué siempre el apoyo de los pueblos contra las demasias de los reyes.—*C. de F.*

NOTICIAS.

Tenemos gran satisfaccion en dar cabida en las columnas de nuestro SEMANA-

rio al anuncio inserto á continuacion. Gran ingenio, literato insigne y campeon de la fé católica el Sr. Aparisi, es una verdadera gloria nacional. La belleza y profundidad de sus escogidas obras, son el perfume de aquella alma privilegiada, de aquel corazon tan bueno y tan amante de todos, tan dulce para sus semejantes: nos honramos pues, en acceder al ruego de constituirnos corresponsales de la publicacion de dichas obras, para cuya adquisicion pueden acudir á nuestra redaccion cuantos las deseen.

PUBLICACION DE LAS OBRAS

del gran católico español

Don Antonio Aparisi y Guijarro.

Reunidos ya los originales y repartidos los trabajos entre los amigos del autor que publican esta obra, se está haciendo todo lo posible para que el primer tomo vea cuanto antes la luz pública.

La coleccion constará probablemente de cuatro á cinco volúmenes de 500 á 600 páginas cada uno: la letra será clara, bueno el papel y esmerada la impresion, y el importe de cada uno 16 rs. en Madrid, 18 en provincia para los que envíen directamente á Madrid su importe, y 20 para los que se suscriban por conducto de los corresponsales.

Para cuantas observaciones se quieran hacer, ó cuanto pueda ocurrir, y para enviar á Madrid suscripciones, dirigirse al Sr. D. Francisco de P. Quereda, (Cláudio Coello, 13), secretario de la comision que publica las obras de D. Antonio Aparisi y Guijarro.

CULTOS RELIGIOSOS.

Domingo.—En la Colegial dá principio el Triduo. Por la mañana á las nueve se pondrá de manifesto á S. D. M., seguirá el oficio de costumbre. Por la tarde á las tres y cuarto se cantarán solemnes vísperas y completas, con el Señor manifesto, seguirá el santo rosario, sermon que predicarán por su orden los tenientes curas D. José Carratalá, D. Vicente Morell y D. José Juliá, capellan de las Agustinas, letanía y reserva, dándose el último dia la bendicion.

Miércoles de Ceniza.—En la Colegial á las nueve y media misa con sermon que predicará el licenciado don Francisco Penalva, abad de la misma. En Sta. María á las nueve y cuarto misa y sermon que dirá D. Joaquin García, cura de la misma.

Desde este dia se puede comer carne teniendo la bula, menos los viernes, y hay obligacion de ayunar todos ellos menos el domingo.

Jueves.—En las Capuchinas á las tres y media sermon que predicará el referido D. José Carratalá.

Viernes.—En la Colegial misa conventual á las nueve y cuarto, y á las diez misa de vigilia con sermon que dirá el mencionado D. José Carratalá. En Santa María á las cinco de la tarde sermon que predicará D. Ramon Samper, cura de la misma.

Sábado.—En la Colegial misa de renovacion á las ocho, conventual á las nueve y cuarto y de vigilia á las diez menos cuarto.